

Sólo nos restaba media hora de permanecer en Saint-Pol hasta tomar la diligencia de la tarde. Al día siguiente, por la mañana, debíamos estar de vuelta en Brest, donde nos esperaba nuestro buque para llevarnos, una vez más, muy lejos de Bretaña.

Sentados á una mesa y bebiendo sidra estábamos en la plaza, y allí preguntamos á la que nos servía, que era una mujer muy anciana, acerca de la familia de los Kermadec.

—¿Es usted el hijo de Ives Kermadec? ¡Oh! sí; he conocido mucho á los padres de usted: ¡ya lo creo! Éramos vecinos en aquel tiempo; por cierto que cuando usted vino al mundo, vinieron á buscarme. ¡Pero cómo se parece usted á su padre! No es usted tan buena figura como él, no, aunque es usted todo un buen mozo.

Ives, al escuchar este cumplido, me miró con ganas de soltar la carcajada; y después aquella anciana comenzó á contar multitud de cosas, que Ives escuchó conmovido.

En seguida llamó á otras mujeres, como ella vecinas, y viejas como ella, y cada una contó alguna cosa.

—¡Jesús, María y José! exclamaban: ¿cómo ha sido posible que no hayamos contestado á ustedes

antes? Aquí todo el mundo se acuerda de los padres de usted; pero la gente en este país es muy bestia, y luego, cuando ven forasteros, ya...; en fin, no es extraño que no sepa uno hablar.

El padre de Ives había dejado en el país un recuerdo, así como de personaje de leyenda; recordábanle todos cual una especie de gigante de una belleza nada común, y porque no sabía hacer nada de lo que los demás hombres hacían.

—¡Qué desgracia, caballeros, que un hombre como aquél se viera tantas veces en apuros y con sinsabores! Porque su padre de usted se arruinó en la taberna, y sin embargo, quería mucho á su mujer y á sus hijos, y era muy cariñoso para con ellos, y en el país todos le querían, menos el señor cura.

—Menos el señor cura, me repitió en voz baja Ives, cuyo rostro se tornó sombrío; ya ve usted cómo se confirma lo que le he contado acerca de mi bautizo.

—Cierta día en que hubo un alboroto aquí mismo, en la plaza, en 1848, por la revolución, su padre de usted, solo, se las había tenido tiesas con la gente del mercado y había salvado la vida al alcalde.

—Tenía, dijo la anciana que primero nos ha-

bía hablado, un caballo muy grande y de tan perversa intención, que nadie se acercaba á él sin miedo.

—¡Ah! dijo Ives, como si aquellas palabras hubiesen evocado de pronto sus dormidos recuerdos; me parece que estoy viendo el caballo. Me acuerdo de que, después de atarle al pesebre, me cogía mi padre y me montaba en el caballo. Era negro ¿verdad?... con las patas blancas.

—Justo, justo; negro y con las patas blancas. Era una fiera. Vea usted qué cosa más original: ¡un marino tener caballo!

La taberna estaba llena de bebedores de sidra, que producían alegre ruido de copas y de conversaciones. Alrededor nuestro se había formado corro.

La tabernera tenía cuatro nietas muy lindas; también ellas estaban alrededor nuestro mirando y oyendo.

Llegó el momento de que se nos preguntase á nosotros, y entonces Ives respondió:—Mi madre reside, con mis dos hermanas, en Plouherzel; mis hermanos se dedican á la pesca de la ballena en América, y yo navego desde hace diez años al servicio del Estado.

No teníamos tiempo para nada, pues deseábamos visitar, antes de salir del pueblo, la casa en

que habían habitado los Kermadec. La casa estaba cerca, tocando casi con la iglesia. Se nos indicó la puerta, encargándonos que viésemos el primer piso de la izquierda: aquel en donde Ives había nacido.

Inmediato á esta casa existía un parque extenso y abandonado; había pertenecido al Obispo de León, y, según parece, sirvió á Ives, cuando niño, para revolcarse con su hermano Goulven sobre la hierba.

Llamamos á la puerta indicada por las vecinas, y los moradores de la casa extrañaron algo nuestra pretensión. Parece, no obstante, que nuestro aspecto les inspiró confianza y nos facilitaron la entrada, bien que recomendándonos que al penetrar en el primer piso hiciésemos el menor ruido posible, por encontrarse allí durmiendo su pobre abuela, casi moribunda; dicho esto, nos dejaron solos, dando muestra de discreción natural y sencilla.

Penetramos de puntillas en aquella mansión, pobre y desmantelada. Ives miraba por todas partes, y á pesar de sus grandes esfuerzos, nada recordaba. Bajamos la escalera, y de repente algo parecido á una reminiscencia vaga cruzó por la mente de Ives. ¡Ah! dijo; ahora creo que reco-

nozco esta escalera. Abajo debe de haber una puerta á este lado, que da al patio; á la izquierda hay un pozo y un árbol muy grande; en el fondo estará la cuadra donde tenía mi padre su caballo de patas blancas.

Efectivamente, en el patio hallamos todo lo que Ives había dicho; á la izquierda el pozo y el árbol corpulento; en el fondo la cuadra. Ives, muy conmovido y descubriendo su cabeza, como si estuviera ante una tumba, me dijo:

—Ahora veo perfectamente el rostro y el aspecto de mi padre.

Era ya tiempo de abandonar aquella aldea; la diligencia nos esperaba.

Nos despedimos de aquella comarca y dirigimos al campanario un adiós cariñoso, porque al día siguiente habíamos de partir para playas muy lejanas, en las que él no había de vernos pasar.

—Mañana, dijo Ives, será necesario que me permita usted entrar muy temprano en su cámara para escribir en su mesa. Quiero contar todo esto á mi madre antes de partir de Francia. ¡Oh! Segurísimo estoy de que cuando lea mi carta van á llenarse de lágrimas sus ojos.

## XI

Junio, 1875.

Estábamos en los 20° de latitud, en la región de los alisios; eran las seis de la mañana: sobre el puente de un navío, que se encontraba solo, aislado en medio de la inmensidad del mar, un grupo de hombres jóvenes y robustos, desnudos de medio cuerpo arriba, se mantenían de pie, volviendo la espalda al sol naciente. Era la banda de Ives; los gavieros de bauprés y los de mesana.

Cada uno había lavado su pañuelo, y sujetándolo á la espalda, lo tenían al sol para secarle.

Todas las mañanas á la misma hora, en igual traje y con idéntico sol, el grupo mismo permanecía así sobre aquellas planchas que paseaban á los que le componían por la extensa superficie de los mares.

En la mañana de que se trata, el tema de la discusión era la luna; el semblante humano de aquel astro les perseguía con su recuerdo. Du-

rante su guardia, cada cual le había visto allá, en lo alto, suspendida, sola, redonda, en medio del vacío inmenso y azulado, habíanse visto obligados, uno después de otro, á cubrir su frente durante el sueño, dejando el vientre al aire, á fin de evitar las dolencias y los maleficios que lanza el astro de la noche sobre los marineros cuando se duermen bajo su mirada.

Era en realidad peregrino el contraste que ofrecía el aspecto varonil y rudo de aquellos hombres, con las infantiles y candorosas ocurrencias que sus supersticiones les inspiraban.

Entre ellos se hallaba nuestro conocido Juan Barrada, el escéptico de aquella reunión, que lanzaba de cuando en cuando, en medio de la controversia, el ruido inesperado de su carcajada. Estaba también Cleto Kerzulec, un bretón de la isla de Ouessant, á quien preocupaban sobre todo los rasgos humanos estampados en aquel disco pálido; estaba además el gran Barazère, que se las echaba de serio y de erudito explicando á sus compañeros que la luna era un mundo bastante mayor que el nuestro, y en el cual habitaban pueblos muy extraños.

Los marineros movían la cabeza con aire de incredulidad, y decía Ives muy pensativo:

—Todo eso... son cosas... son cosas... de las que yo creo que tú tampoco estás muy enterado.

Y después, añadía en un tono que ponía término á la polémica, que iba á preguntarme á mí lo que era la luna, y que al día siguiente les diría él lo que yo le contestase.

Nadie puso en duda que yo estaba muy al corriente de las cosas de la luna, y de todo lo demás.

Todos me veían ocupado con frecuencia en mirar su marcha á través de un instrumento de cobre, y acompañado de un timonel que contaba á su vez los minutos y los segundos de la noche tranquila.

Entretanto los pañuelos iban secándose sobre las espaldas desnudas de los marineros y el sol continuaba subiendo en el cielo azulado.

Entre los pañuelos había alguno completamente blanco; tenían otros dibujos de varios colores, y no faltaba alguno que llevase hermosos buques estampados en medio de cuadros rojos.

Yo estaba de guardia, y grité: *¡á largar rizos!* El jefe de la marinería hizo sonar su silbato de plata. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, como el vulgo dice, aquellos hombres, cual una

bandada de gatos contra los cuales se hubiese soltado un perro, se dispersaron, corriendo por la arboladura.

Ives habitaba en su gavia. Elevando la vista á las nubes había seguridad de ver su silueta proyectándose sobre el cielo; abajo se le encontraba muy pocas veces.

Yo subía de vez en cuando á visitarle, y disfrutaba en aquellos dominios de Ives, donde se sentía uno refrescado por aire más puro.

En esta gavia tenía Ives su mobiliario correspondiente y sus afecciones; una baraja, metida en un cajón; agujas é hilo, para coser; bananas robadas; ensalada cogida la noche anterior en las despensas del comandante; todo lo fresco y todo lo verde que podía recoger en sus correrías nocturnas (los marineros son generalmente aficionados á esas cosas frescas, que curan sus encías, que la sal irrita). Tenía además *su cotorra*, sujeta por una pata; pobre animal que se pasaba el día entornando los ojos para no ver el sol.

Esta *cotorra* de Ives no era otra cosa que un buho que había caído á bordo en cierta ocasión, á consecuencia de un violentísimo huracán.

Hay extrañas predestinaciones en el mundo: así, por ejemplo, ¡qué suerte más inesperada la

de este buho, viajando por todos los mares conocidos en lo alto de un mástil!

El buho conocía á su amo y le saludaba agitando las alas con regocijo. Ives se divertía mucho con aquel camarada, con quien solía repartir su ración de carne, y á quien alguna vez hacía rabiarse, diciéndole después, como si pudiera entenderle: ¡qué aire tan estúpido tienes, pobre cotorral!

Desde aquellas alturas se dominaba completamente el puente de *La Sibylle*, una *Sibylle* achatada, muy grotesca vista desde la morada de Ives, muy parecida á un pez de madera muy largo, cuyo color interrumpe el azul oscuro del mar; y detrás, una cosilla gris, de forma semejante á la del buque, y que le sigue siempre entre dos aguas: el tiburón. Siempre hay un tiburón que sigue al buque; muy rara vez hay dos; pero cuando se pesca á uno, viene en seguida otro. El tiburón sigue al barco días y noches, sigue sin cansarse para devorar cuanto cae, restos de todas clases; hombres muertos y hombres vivos: es indiferente.

De vez en cuando aparecía una bandada de golondrinas que llegaban, divirtiéndose para acompañarnos, picoteando las migajas de bizcocho ó galleta que arrojaban en aquel inmenso de-

sierto de agua, y después desaparecían á lo lejos, describiendo siempre caprichosas curvas. Animallitos de especies raras, de color rojo y de blanca cola, que viven no se sabe cómo, perdidos en medio de las grandes extensiones de agua, siempre en lo más ancho de los mares.

Ives, que deseaba poseer alguno, tendíales lazos; pero ellas no se dejaban coger.

Nos aproximábamos al Ecuador, y el soplo regular del alisio comenzaba á morir. Reinaban unas veces brisas variables y después momentos de calma en que todo quedaba inmóvil, en una especie de resplandor azul; y entonces se veía las vergas, las gavias, y las grandes velas blancas reflejar en el agua principios de imágenes invertidas que ondulaban.

*La Sibylle* no caminaba; tenía los movimientos perezosos de las personas medio dormidas. Era el calor húmedo que ni de noche disminuía; el sueño se apoderaba de las cosas y de las personas. Poco á poco se producía en la atmósfera tranquilidad extraña, y sin embargo, arrastrábanse sobre el mar nubarrones pesados y oscuros, que remedaban gigantescos cortinones negros. El Ecuador estaba muy cerca.

De vez en cuando, bandadas espesas de ani-

males parecidos á golondrinas, bien que de mayor tamaño, surgían repentinamente del mar, emprendían con sus alas puntiagudas, de azul brillante, un vuelo inquieto y desconcertado, y caían de nuevo en el fondo del Océano, para no reaparecer á nuestra vista: eran bancos de peces voladores á quienes nuestro buque había despertado.

Las velas, las jarcias, pendían inertes; la embarcación flotaba sin vida, como resto de un naufragio.

Arriba, en los elevados dominios de Ives, notábanse, no obstante, algunos movimientos suaves, que no era posible advertir abajo. En aquella atmósfera inmóvil y saturada de electricidad, la gavia continuaba balanceándose, acompasada y tranquilamente, con ese movimiento que produce sueño.

Hacía calor, mucho calor, y había en la luz solar sorprendentes resplandores; el mar triste, de un azulado lechoso, tenía el color de turquesa líquida.

Pero cuando las nubes espesísimas, que corrían muy bajas, hasta confundirse casi con la superficie del mar, pasaban sobre nosotros, nos llevaban la noche y nos inundaban con una lluvia torrencial.

Estábamos entonces en el Ecuador, y no exis-

tía, al parecer, ni un soplo de aire que nos hiciera separarnos de allí.

Aquel estado duraba horas enteras; en ocasiones, aquellas tinieblas horribles y aquella lluvia pesada no terminaban en todo el día. Ives y sus camaradas se desnudaban entonces, y de esta guisa, que llamaban ellos *traje de salvaje*, se sentaban indiferentes y recibían sin cuidado la templada lluvia.

Tales situaciones terminaban siempre repentinamente: veíamos alejarse con lentitud aquella especie de telón oscuro que nos rodeaba y que seguía su marcha rastrera sobre las ondas; la espléndida luz del astro rey reaparecía más brillante que nunca después de las tinieblas, y el sol del Ecuador absorbía muy pronto el agua que sobre nosotros había caído; bajo aquel sol, las velas, el maderamen, las cámaras, recobraban su blancura; todo el buque adquiría su matiz blanco de objeto seco, en medio del monótono é inmenso azul que en rededor nuestro se extendía.

Mirando hacia abajo, desde la gavia donde Ives habitaba, se echaba de ver que aquel mundo azulado no tenía límites; era una extensión límpida y llana que no se acababa nunca; comprendíase entonces cuán lejano se hallaba aquel horizonte

sensible y aquella última líneas de las aguas. Verdad es que, de lejos ó de cerca, más remoto ó más próximo, aquello era siempre lo mismo, idéntico: siempre la misma limpidez de las aguas, siempre su color mismo, siempre la misma forma de espejo. Entonces se adquiría convicción exacta de la redondez del globo, causa única que impedía descubrir más horizonte.

A las puestas del sol aparecían en la atmósfera caprichosas bóvedas formadas por nubecillas de oro que huían disminuyendo hasta perderse en las lejanías del espacio infinito: el seguir las con la vista producía vértigos: semejaban naves de templos apocalípticos que no tenían fin. Y se presentaba todo tan puro, que solamente al tropezar los ojos con el horizonte del mar, dejaban de seguir aquellas profundidades del cielo. Las últimas nubecillas doradas, como planos tangentes á la curvatura de las aguas, parecían en lontananza tan diminutas como asteriscos.

Las noches, las mismas noches, eran luminosas. Cuando todo se había dormido y quedado en reposo, en medio de aquel silencio que remedaba el silencio de la muerte, aparecían, más resplandecientes que en ninguna otra región del mundo, estrellas numerosas.

Debajo, el mar mismo resplandecía también. Notábase una especie de fulgor difundido en las aguas. Los movimientos más imperceptibles; el buque con su caminar lento; el tiburón agitándose detrás, hacían surgir de aquellos remolinos de agua templada, claridades verdosas.

Fuera de esto, sobre el inmenso y fosforescente espejo del mar brillaban siempre millares de fuegos fatuos; parecían lamparillas misteriosas que se encendían espontáneamente, lucían algunos segundos y morían al cabo. Aquellas noches estaban saturadas de calor, llenas de fósforo, y toda aquella inmensidad de reposo incubaba la luz, y todas aquellas aguas encerraban latente la vida universal en el estado rudimentario en que lo encerraron, mucho tiempo ha, las oscuras aguas del mundo primitivo.

## XII

Hacia ya algunos días que habíamos abandonado las tranquilidades del Ecuador y descendíamos dulcemente hacia el Sur, empujados por

los vientos del trópico. Una mañana penetró en mi cámara Ives y se puso á disponer con mucho afán sus lazos para cazar pájaros.

«Se han visto, me dijo, los primeros *tableros de damas*.»

Estos *tableros de damas* son aves muy peregrinas, quizás las más bonitas de toda aquella región del mar. Su color es el de la nieve; tienen el plumaje suave, sedoso, y en las alas llevan delicadamente dibujada por la Naturaleza una especie de cuadrícula de color negro, que semeja, aunque remotamente, un tablero de damas; de aquí el nombre vulgar con que los marinos les señalaban.

¡Los primeros *tableros de damas*! Su presencia sola denuncia un gran alejamiento de nuestras costas; significa que hemos dejado muy atrás nuestro hemisferio boreal y que llegamos á las frías regiones situadas en la otra vertiente del mundo; allá abajo, hacia el Polo Sur.

Habíanse adelantado, sin embargo, aquellas aves; caminábamos aún en la zona azulada del trópico. Advertíase aún, de día y de noche, el mismo soplo regular, suave y tibio, grato al respirar, la transparencia misma en el mar, y las mismas nubecillas pasando, amontonadas como rebaños, por el alto cielo. Veíamos todavía las

bandadas de peces voladores que se elevaban como atolondrados con sus largas y humedecidas alas, y brillaban al sol como si fueran pájaros de azulado acero.

Numerosos eran los peces voladores; y cuando alguno, en su aturdimiento, caía á bordo, los gavieros le cortaban las alas y se proporcionaban con él sabroso alimento.

El momento que Ives prefería para descender de su gavia y visitarme en mi camarote, era el anochecer; sobre todo cuando los llamamientos de ordenanza y las voces de *bajar hamacas!* habían terminado. Llegaba entonces muy silenciosamente, sin producir con sus pies desnudos más ruido que el que pudiera producir un gato. Bebía un trago de agua dulce en un jarro que yo tenía colgado en la tronera de mi cámara, á fin de que se refrescase, y después yo comenzaba á poner en orden los objetos que me pertenecían, y él se entretenía en leer alguna novela. Había una de Jorge Sand, *El Marqués de Villemer*, que, más que ninguna otra, le encantaba. En la primera lectura le sorprendí muchas veces muy dispuesto á derramar lágrimas.

Ives, como todos los marineros, sabía coser perfectamente. Algo tenía de extraño verle entre-

gado á ese afeminado trabajo, dados su varonil aspecto y su vigoroso porte. En sus visitas á mi cuarto ocurríale á veces pasar revista á las prendas de mi uniforme, y hacía en ellas composturas de cuya conveniente ejecución consideraba incapaz á mi criado.

### XIII

Caminábamos siempre á toda vela hacia el Sur.

Ya viajaban detrás de nosotros verdaderas nubes de *tableros de damas* y otras aves marinas. Seguíannos como asombradas, pero sin desconfianza, desde la mañana hasta la noche, gritando, moviéndose alborotadas, volando caprichosamente, como si quisieran dar la bienvenida al buque: un pájaro grande con alas de lona que penetraba en aquellos lejanos y extensos dominios, el Océano Austral.

Aquellas bandadas crecían constantemente á medida que bajábamos. Con los *tableros de da-*

mas iba el *Petrel*, gris perla, de pico y patas ligeramente teñidos de azul y rosa; y el grande y pesado *Albatros*, de tinte sucio, aire estúpido de carnero, hendiendo el aire con sus alas rígidas é inmensas. Véase, además, una que los marineros se mostraban entre sí, *El Almirante*, ave de una especie rara y de tamaño enorme, y que tiene en las plumas de la cola y de las alas, pintadas en negro, tres estrellas.

El tiempo, cambiado, habíase convertido en tranquilo, nublado y triste. El viento y los huéspedes tropicales habían desaparecido. Una frescura húmeda azotaba nuestro rostro.

Estábamos en Agosto; comenzaba el frío del otro hemisferio. Cuando mirábamos en redor nuestro el horizonte vacío, parecía que al Norte, hacia el lado del sol y en los países vivos, permanecía aún azulado y claro, mientras que al Sur, hacia el lado del Polo y de los desiertos de agua, era todo oscuridad y tristeza.

Merced á mi influencia, Ives había conseguido para su *cotorra* un compartimiento reservado en una jaula de gallinas perteneciente al jefe del buque. Ives iba todas las noches á abrirla con un trozo viejo de vela, á fin de que el frío nocturno fuese menos incómodo para ella.

Diariamente cogían los marineros con sus lazos toda clase de aves. Véaselas pendientes de los obenques de mesana, esperando su turno para ser comidas. Al cabo de dos ó tres días, cuando habían dado todo el aceite de sus cuerpos, se cocían.

Los obenques de mesana eran la despensa de los gavieros. Tal cual vez, mezcladas con aquellas aves, había también algunas ratas despojadas de su piel y colgadas por la cola.

Una noche oyóse repentinamente un terrible grito, y se vió á todo el mundo correr y agitarse.

Al mismo tiempo *La Sibylle* se inclinaba, gimiendo como ahogada por un poder tenebroso.

Entonces los mismos que no estaban de servicio, los que despertaron sobresaltados, comprendieron que comenzaban los grandes vientos y las terribles tormentas. Acabábamos de penetrar en las regiones peligrosas del Sur, en medio de las cuales iba á ser necesario combatir y adelantar á toda costa.

Cuanto más adelantábamos en este Océano sombrío, tanto más helado era el viento y más terrible el oleaje.

La caída de las tardes era verdaderamente siniestra. Estábamos en las proximidades del

Cabo de Hornos; desolación en las solitarias tierras algo próximas, desolación sobre el mar, soledad en todas partes. En esas horas tristes de los crepúsculos de invierno, en las cuales se siente con más violencia la necesidad de un lecho, de un hogar, de un abrigo para dormir, nada de eso teníamos. Velábamos, alerta siempre, perdidos en medio de aquellas aguas agitadas, que nos hacían danzar en las tinieblas.

No cabía, ni por un instante, forjarse ilusiones de reposar en los camarotes, en que oscilaban violentamente las lámparas suspendidas. Nada había allí fijo y estable; nos encontrábamos en vivienda pequeña, frágil, abandonada á sí misma, lejos del mundo, en medio del inmenso desierto de las aguas australes. Y fuera se oían siempre los ruidos de las olas y el lúgubre mugir del viento que encogía el corazón.

El pobre Ives sólo poseía su hamaca, siempre balanceada, y cada dos noches se le permitía dormir ligeramente abrigado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XIV

Una mañana murió la *cotorra* de Ives; habíase levantado gran viento, y mandaron recoger el segundo rizo á las velas del mastelero mayor. El animalejo se dejó aplastar, por descuido, entre el mástil y la verga.

Ives, que oyó su grito, voló á socorrerle; era ya demasiado tarde. Tornó á bajar, llevando en la mano á su pobre *cotorra* muerta, aplastada, sin forma alguna de ave; una mezcla de sangre y de plumas grises, debajo de la cual se agitaba convulsa una pata crispada por el dolor.

Ives experimentaba verdadera pena; yo lo conocía en sus ojos. Limitóse, no obstante, á enseñarme aquellos restos informes, sin decirme nada y mordiéndose el labio con afectada indiferencia. Después la arrojó al mar, y el tiburón que nos seguía la devoró inmediatamente.

## XV

Era el invierno de 1876: *La Sibylle* había regresado á Brest hacía dos días, después de haber concluído su expedición, y yo me encontraba con Ives, cierta tarde de Febrero, en una diligencia que nos conducía á Plouherzel.

Era un rincón, bastante extraviado por cierto, el pueblo de la madre de Ives. El carruaje debía llevarnos en cuatro horas desde Guingamp á Paimpol, donde nos proponíamos pasar la noche; y desde allí nos sería preciso caminar bastante tiempo á pie para llegar á la aldea.

Fuimos, pues, recorriendo un pobre camino vecinal, y sumergiéndonos cada vez más en el silencio de un campo triste. La noche de invierno caía sobre nosotros con melancólica lentitud; una lluvia fina y espesa envolvía los objetos en cieno gris. Los árboles pasaban, mostrando uno en pos de otro su silueta muerta. De tarde en tarde aparecían y pasaban también las aldeas;

aldeas de la Bretaña, cabañas negras con techos de paja, ermitas ruinosas con su esbelta aguja de granito, guaridas aisladas, melancólicas, que se perdían pronto detrás de nosotros, entre las sombras de la noche.

—Vea usted, decía Ives: he seguido este camino mismo, y también de noche, hace ya once años. Catorce años tenía entonces, y recuerdo que lloré muchísimo en aquel viaje. Era la primera vez que me separaba de mi madre para matricularme yo solo, en la marina de Brest.

En este viaje á Plouherzel acompañaba yo á Ives casi por entretenimiento, y algo también por carencia de ocupaciones propias. La licencia que se me había concedido era de muy poco tiempo, y por esta vez me era imposible ver á mi madre; por eso me contenté con ver á la de Ives y conocer su aldea, de la que tantas veces y con tanto cariño me hablaba.

En aquel momento casi me arrepentía de haberme puesto en camino. Ives, absorto en la alegría de su regreso, solía hablarme por deferencia, pero estaba con su espíritu muy lejos de mí. Comprendía yo perfectamente que, como era natural, iba á ser un extraño en aquel rincón del mundo al que nos dirigíamos, y toda aquella

Bretaña, aún no amada por mí en aquella época, me oprimía con su tristeza.

Llegamos á Paimpol. La diligencia rodó sobre piedras entre dos hileras de casas negras, y se detuvo. Allí esperaban algunas personas con linternas. Palabras bretonas se cruzaban con vocablos franceses.

—¿Hay viajeros para la fonda Pendreff? preguntó una voz de muchacho. ¡La fonda de Pendreff! Este nombre despertó mis recuerdos; nueve años antes, durante mi aprendizaje de marino, había descansado allí una hora. Lo recordé perfectamente; la fonda era una antigua mansión señorial, con torrecilla y gran fachada, y dos señoras de Pendreff, viejas las dos, muy semejantes una á otra, vestidas á la antigua y serviciales y atentas como antiguamente: fuimos, pues, á la fonda de Pendreff.

Nada había cambiado en la casa. De las dos señoras ancianas, sólo quedaba una; la otra había muerto. La que sobrevivía era ya tan vieja nueve años antes, que no había podido envejecer más. Su aspecto, su tocado y la plácida honradez de su persona, todo era antiguo.

Sienta perfectamente cenar delante de un buen

fuego que chisporrotea: la alegría volvió á nuestro espíritu.

Inmediatamente la señora de Pendreff, provista de un candelero de cobre, nos precedió por una escalera de granito y nos hizo entrar en una habitación inmensa, en la cual estaban preparadas dos camas de forma muy antigua, que, á pesar de todo, bajo sus blancas colgaduras invitaba al descanso.

Ives, no obstante, comenzó á desnudarse con lentitud, como de mala gana.

—¡Bah! gritó de pronto, volviendo á ponerse las prendas que se había quitado; me voy. Desde luego, usted lo comprende de fijo, yo no podría dormir. ¡Tanto peor! Llegaré muy tarde; los despertaré después de media noche, esto acaso les asuste un poco, como el año en que torné de la guerra... Pero, vamos, tengo demasiada gana de verlos... y nada; que me voy.

Yo, en su caso, habría hecho lo mismo.

Paimpol dormía profundamente cuando salimos: le acompañé un trozo del camino para que la noche se me hiciera más corta.

Ives caminaba muy de prisa, muy agitado y repasando con la imaginación las memorias de otro regreso.